

MAYAYO, Andreu, TÉBAR, Javier (eds.), *En el laberinto. Las izquierdas del sur de Europa (1968-1982)*, Comares, Granada, 2018, 125 pp.

La izquierda del sur de Europa en la década de los 70 se asomaba al poder y se veía a sí misma en disposición de acometer grandes transformaciones. Después de décadas de marginación política (como en los casos de Italia o Francia) o condenada a la clandestinidad (como bajo las dictaduras griega, portuguesa o española), la izquierda intuía que la salida a su particular laberinto estaba cerca. Es más, en el sur de Europa parecía que estaba más cerca que nunca. Pero en el momento culminante de la acumulación de fuerzas, o siguiendo la imagen metafórica de la parábola utilizada por los editores del libro, tras línea ascendente, llegó el movimiento declinante. El presente libro repasa, gracias a las aportaciones de diferentes especialistas, como en los casos analizados la posibilidad de gobernar se limitó a la izquierda socialdemócrata, sustituyendo además las propuestas socializadoras por medidas modernizadoras.

Geoff Eley destaca que las revueltas de 1968 ponían de manifiesto el agotamiento de los consensos de la época dorada del capitalismo y la adopción de nuevas pautas culturales. Eley se centra en los casos del PCI y del PCE como ejemplos de los dilemas planteados ante su posible acceso al poder. En el caso italiano, la estrategia eurocomunista y el compromiso histórico eran claves para alejar las tentativas reaccionarias de carácter violento, pero el secuestro y asesinato de Aldo Moro supondría un cambio de escenario que arrastraría al PCI a una lógica de defensa de «la ley y el orden» que anuló su potencialidad revolucionaria. En el caso del PCE, el eurocomunismo fue ligado a una «estrategia de responsabilidad», decisiva para la consolidación de la democracia en España. No obstante, la debilidad electoral en democracia del partido hegemónico del antifranquismo, unida a una pésima gestión interna de las discrepancias, supondrían límites infranqueables para el partido.

Profundizando en el caso italiano, Andrea Sangiovanni nos muestra cómo los años setenta son los de auge y crisis de las izquierdas, con la aparición de nuevos actores surgidos en la década anterior, en un contexto de profunda modernización de la sociedad y de miedo a la involución política por la «estrategia de la tensión». Pero la crisis económica (abandono de la centralidad productiva de la fábrica fordista y extensión del trabajo precario) alejarían del PCI a muchos jóvenes, que a la vez que no compartían ni sus recetas de austeridad ni su ética del trabajo, denunciaban la «sociedad de los sacrificios» y reivindicaban el «derecho al lujo», derivando en casos de violencia callejera y apoyo a actividades terroristas. De esta forma, mientras el PCI se vio arrastrado a una dinámica que lo identificaba como la «nueva policía» del régimen, el PSI supo presentarse como el mejor canalizador de los deseos de una sociedad en ebullición,

una ebullición que, paradójicamente, acabaría por sustituir el compromiso colectivo por diferentes salidas de tipo individual.

Siguiendo el texto de Xavier Vigna, la herencia del 68 en Francia se prolongaría hasta la década siguiente. La refundación socialista de 1971, con François Mitterrand, supuso la posibilidad de unir a la izquierda en torno a un programa común (1972) para gobernar Francia y superar el capitalismo. En las elecciones presidenciales de 1974, Mitterrand se quedará muy cerca de la victoria en la segunda vuelta, con su 49'8% de los votos. La dinámica unitaria favorecerá sobretudo a los socialistas, a pesar de la ruptura con los comunistas en 1977. Simultáneamente, asistimos al incremento de la conflictividad laboral de los trabajadores especializados no cualificados (con una organización científica del trabajo en continuo perfeccionamiento), a la segunda oleada feminista (ligada al acceso de la mujer al anticonceptivo y a la legalización del aborto) y a la irrupción del movimiento ecologista (protagonizando el rechazo a la energía nuclear); unos cambios que los socialistas entenderán mejor que los comunistas, factor que les permitirá erigirse como alternativa ganadora en 1981.

La izquierda griega, en su lucha contra el régimen de los Coroneles, es analizada por Magda Fytili, destacando que los comunistas del KKE habían ocupado todo el espacio de la izquierda desde la II Guerra Mundial hasta la década de los 60, cuando el partido se divide entre KKE Exterior (prosoviético) y KKE (que evolucionaría hacia el eurocomunismo). A la crisis interna comunista habría que sumar la aparición de una competencia real: el PASOK, partido socialista con discurso populista, autogestionario y anticapitalista, y el carismático Andreas Papandréu al frente. Su éxito sería una «mezcla de radicalismo verbal y de moderación práctica», pasando de los objetivos socialistas a presentarse como partido antide-rechista. Mientras, los comunistas, volcados en la conquista de la democracia y su propio reconocimiento institucional, quedaban atrapados en una dinámica parlamentaria que les llevaba a una posición defensiva ante los movimientos sociales. De la misma manera que en España y Portugal, los socialistas tuvieron más éxito a la hora de representar el cambio político para sociedades que vivían acelerados procesos de modernización.

Por su parte Manuel Loff y Álvaro Cúria desgranar el papel de las izquierdas portuguesas en el final de la dictadura reaccionaria más larga de la Europa del siglo XX, dando lugar a un proceso revolucionario, entre abril de 1974 y noviembre de 1975, que se planteaba la «construcción de una sociedad socialista». Los comunistas del PCP, liderados por Álvaro Cunhal y alejados del eurocomunismo, desde los años sesenta insistían nuevamente en la «vía insurreccional», entendiendo el «25 de abril» como una confirmación de sus planteamientos. Por su parte el Partido Socialista, de tradición más republicano burguesa que obrerista y donde destaca la figura de Mário Soares, a pesar de las tentativas iniciales de cooperación (1973), se acabará convirtiendo en la opción anticomunista por excelencia y en partido de gobierno.

Finalmente, para el caso español, Carme Molinero, señala la movilización democrática como fundamental en el fracaso del proyecto continuista del primer gobierno de la monarquía, una movilización donde los comunistas fueron protagonistas para «ensanchar los límites de la legalidad hasta que se logre imponer la totalidad de los derechos democráticos». Por su parte el PSOE se había limitado a mantener la actividad en el exilio esperando su oportunidad política, aupado por la coyuntura internacional, la radicalidad discursiva, el pragmatismo político y el recuerdo de unas siglas históricas acompañadas de una dirección renovada. A partir de aquí, mientras los socialistas se presentarían como alternativa de poder, tras los excelentes resultados electorales de 1977, el PCE se convertiría en el gran defensor de la política de concertación y el gobierno de concentración para compensar su posición minoritaria y quemar etapas en su acceso al poder. El resultado sería un PSOE convertido en «referente tranquilizador para la sociedad» (con abandono del marxismo incluido) que ganó las elecciones de 1982, y un PCE desangrado en luchas intestinas.

La obra concluye con 76 perfiles biográficos, elaborados por Laura Roza-lén, que completan la contextualización del libro. Un libro donde se pone de manifiesto, como bien señalan los editores, que con los años ochenta asistimos a un punto de inflexión declinante en la acumulación de fuerzas que pretendían una transformación política, no sólo en un sentido democrático, sino también socialista.

*José Manuel Rúa Fernández*